

## **La situación en Méjico y la Lucha contra la Iglesia Católica. H. Stirner.**

*La cuestión mejicana está actualmente preocupando a todas las organizaciones obreras y revolucionarias de Sud América. Los reformistas de todos los países buscan hacer aparecer la cuestión de la lucha contra la religión en Méjico, como si la cuestión religiosa fuera en sí misma una cuestión social fundamental. No observan que tras la cuestión religiosa hay en realidad una lucha entre la gran burguesía agraria y la pequeña burguesía, a la que representa el gobierno de Calles. De esta manera encubren el carácter fundamental del gobierno de Calles, gobierno pequeño-burgués, que naturalmente tiene todas las vacilaciones inherentes a la pequeña burguesía y que, como tal, dicho gobierno no puede llegar a solucionar ningún problema social vital para el proletariado y las masas campesinas lo que sólo será posible con el establecimiento de un gobierno obrero y campesino en Méjico. La propia lucha religiosa en Méjico, no tardará mucho en demostrar que el gobierno de la pequeña burguesía llegará a las concesiones y a la traición y servirá para desengañar al proletariado y a los campesinos pobres, haciéndoles comprender que sólo la dictadura del proletariado, apoyada por las masas campesinas, será la llamada a luchar con eficacia por sus intereses de clase, contra el imperialismo capitalista y por la solución de sus problemas fundamentales. La pequeña burguesía, que representa Calles, no es una clase que pueda por sí misma continuar mucho tiempo como clase gobernante, fluctuando entre las luchas del proletariado y de la burguesía y ora adoptando frases revolucionarias, ora haciendo concesiones a los privilegiados.*

*Para poner al descubierto la naturaleza y el alcance de esa lucha religiosa en Méjico, creemos útil reproducir un artículo de uno de los dirigentes más apreciados del Partido Comunista Mejicano, el compañero H. Stirner, que es uno de los que con más autoridad puede tratar esta cuestión que conoce muy a fondo.*

El gobierno actual del general Calles en Méjico, representa los elementos pequeño-burgueses que se esfuerzan, desde hace años ya, por edificar una industria nacional. La ejecución de ese programa choca con la resistencia: 1o., del capital extranjero; 2o., de los poseedores de mayorazgos que luchan por conservar sus privilegios feudales y semi-feudales, y 3o., de las contradicciones interiores de la democracia pequeño-burguesa.

En Méjico la lucha ha comenzado contra el régimen feudal bajo la forma de una doble lucha contra la dominación colonial española y contra la iglesia católica, que es el terrateniente más grande y más poderoso del país. Pero no es sino que hacia el 1900, después del desarrollo magnífico de algunas industrias y la formación de una clase obrera, de una parte; y después de 1910, en seguida de varias revoluciones y sublevaciones, fomentadas y sostenidas por el capital extranjero, sin duda, pero encontrando su base social en las masas campesinas descontentas, que el poder político pasó poco a poco en las manos de elementos avanzados, de demócratas pequeño-burgueses que, desde hacía varios años, habían hecho más de una tentativa para realizar una política nacional.

El problema más difícil para un gobierno mejicano cualquiera que sea, es la cuestión agraria. Es al comienzo una cuestión de partición de la tierra y en seguida una cuestión de desarrollo y de industrialización de la agricultura. En resumen, en Méjico, el problema consiste en realizar y en llevar a buen fin la revolución burguesa en un país donde los dos tercios de la riqueza nacional están entre las manos de los capitalistas extranjeros.

El mérito relativo del gobierno actual de Calles es de haber emprendido enérgicamente, y por medidas extraordinarias, la fundación de escuelas en todas las provincias del país. Los institutos de agricultura que pueden instruir hasta 1400 alumnos, tan bien en la teoría como en la práctica agrícola, tienen un gran valor. Esas escuelas en las que los alumnos se instruyen gratuitamente y que han sido edificadas en medio de regiones atrasadas, tienen una influencia revolucionaria sobre las masas campesinas.

La Iglesia, como enemiga de toda cultura del espíritu, sabotea por todos los medios el esfuerzo del gobierno y excita a la población contra los profesores. Se excita a la población y se atemoriza a los campesinos amenazándolos con todas las penas del infierno.

La Iglesia con sus organizaciones civiles, los caballeros de Colón y la Asociación de las Mujeres Católicas, no es nada más que el partido disfrazado de los terratenientes y de todos los elementos reaccionarios de todo el país. Así, la lucha del gobierno mejicano contra la Iglesia católica es la lucha de la burguesía avanzada contra los últimos vestigios del feudalismo y las tentativas de restauración de la burguesía conservadora.

Hay que señalar todavía que el clero es ayudado secretamente por los capitalistas ingleses, españoles y franceses, mientras que el capital industrial se coloca más bien del lado de su gobierno.

La lucha del gobierno es, pues, objetivamente revolucionaria. Pero es también un caso de disgregación en el seno de la clase burguesa, así como un elemento de contradicción en el interior del gobierno mismo. El gobierno de Calles está lleno de contradicciones, como todo gobierno pequeño-burgués. Se hacen concesiones a derecha y a izquierda. Un día son las frases revolucionarias contra los terratenientes y por la repartición parcial de las tierras. Al día siguiente, es el asesinato de los jefes campesinos revolucionarios, etc.

Falta al gobierno, para la realización de una verdadera reforma agraria, no solamente el coraje sino también la voluntad. Los miembros del gobierno están, en su mayoría, en relación estrecha con la gran propiedad agraria. Obregón mismo, que es el jefe más querido de los campesinos, es uno de los terratenientes más ricos. Así la lucha que ese gobierno pequeño-burgués resuelto lleva contra la iglesia católica es una lucha sobre la línea de menor resistencia. Los campesinos exigen la tierra, los obreros se levantan contra la edificación de la economía nacional a costa de los salarios y de las jornadas de trabajo. El estado de espíritu de los campesinos es revolucionario. Los obreros están descontentos. La guerra civil en las campañas dura de manera ininterrumpida desde hace más de quince años; la masa campesina está bien organizada y bien armada y posee una cierta conciencia de clase. La clase obrera está igualmente bastante bien organizada y en su mayoría (petróleo y transportes) está contra los reformistas del gobierno.

Los jefes de la Federación de los sindicatos reformistas, los ministros y los aspirantes al gobierno del partido laborista y los otros "revolucionarios idealistas", llevan una lucha encarnizada contra los comunistas y los campesinos. Pero los comunistas sostienen el gobierno en su lucha contra la Iglesia y lo defienden contra los ataques de la reacción o de una de las grandes potencias imperialistas. Pero dicen al mismo tiempo al proletariado la verdad sobre el gobierno que no podrá pasar del camino de los compromisos más que al camino de la traición.

El IV Congreso del Partido Comunista de Méjico se ha efectuado del 21 al 27 de Mayo. Por la primera vez, sobre todas las cuestiones fundamentales, se ha realizado una viva discusión de principios.

A propósito de la situación económica y política, del rol del Partido, de la política a llevarse en la cuestión agraria, de la táctica sindical, de la posición del Partido en la cuestión nacional, de la lucha del imperialismo americano, de la organización del Partido, una sola cuestión se ha planteado siempre: ¿partido de masas o secta? ¿partido obrero o partido obrero y campesino? La discusión ha sido violenta, apasionada, señalando otros tantos indicios del crecimiento del partido.

El Congreso ha cimentado más fuertemente que nunca al partido, ha creado, ante todo, un núcleo de jefes obreros y campesinos salidos de la masa, unidos a ella por su trabajo cotidiano y dispuestos a sacrificar todo por la causa de la revolución proletaria.

*H. STIRNER*

## **ELECCIONES**

“La participación en las luchas parlamentarias en el régimen burgués es indispensable a los partidos del proletariado revolucionario, con el fin de propaganda entre las masas, fin que los períodos *electorales* y los debates parlamentarios permiten alcanzar. Pero limitar la lucha de las clases a la acción parlamentaria, o considerar a esta última como la forma superior de la lucha, a la cual todas las otras deben subordinarse es sumarse de hecho a la burguesía contra el proletariado” (*Lenin: “Elec. de la As, Const. y Dict. Prolet”*).